

El menchevique madrileño: Nicolái Tasin y la revolución rusa en España

A Menshevik from Madrid:
Nikolai Tasin and the Russian Revolution in Spain

Arturo Zoffmann Rodríguez

Instituto Universitario Europeo, Florencia

✉arturo.zoffmann@eui.eu

Recibido: 15/01/2018

Aceptado: 23/02/2018

Resumen

La revolución rusa conmocionó a la opinión pública española y ayudó a polarizar la política del país. La creciente demanda de información y análisis sobre lo que en Rusia sucedía hizo que determinados intermediarios, expertos reales o fingidos de la realidad rusa, adquirieran gran prominencia. El menchevique Nicolái Tasin, traído a España como muchos otros refugiados y exiliados por los cataclismos de la guerra, es uno de los personajes más interesantes de este periodo. Conocedor de primera mano de la socialdemocracia rusa, devino uno de los principales comentaristas sobre la revolución, explicando, traduciendo y clarificando, y elaborando una crítica al bolchevismo desde una óptica marxista reformista típica de la Segunda Internacional. Este artículo resume su vida y obra y su paso por España entre 1918 y 1921, e incluye dos apéndices con sus memorias sobre Lenin en la revolución de 1905 y Trotsky en París y España durante la Gran Guerra.

Palabras clave: revolución rusa; Nicolái Tasin; menchevique; Segunda Internacional

Abstract

The Russian Revolution shook Spanish public opinion and helped polarise the country's politics. The growing demand for information and analyses on Russia led to certain intermediaries, real or feigned experts on Russian affairs, to acquire great public prominence. Menshevik Nikolai Tasin, brought to Spain by the cataclysms of the war, as was the case with countless other refugees and émigrés, is one of the most interesting figures of this period. A first-hand connoisseur of Russian Social Democracy, he became one of the main commentators on the revolution, explaining, translating, and clarifying, and critiquing the Bolsheviks from a reformist Marxist perspective. This paper offers a synoptic view of his life and works and of his stint in Spain between 1918 and 1921, and includes two ap-

pendixes on his reminiscences of Lenin in the revolution of 1905 and of Trotsky in Paris and Spain during the Great War.

Keywords: *Russian Revolution; Nikolai Tasin; Menshevik; Second International*

La Revolución rusa despertó intensas pasiones en España. Actuó como un potente acicate para el movimiento obrero, que en los años 1917-1920 experimentó una fuerte radicalización. No es casualidad que este periodo de grandes luchas sociales sea recordado como el trienio bolchevique. Por otro lado, el fantasma del comunismo suscitó una reacción autoritaria por parte de las clases dominantes, contribuyendo a las tendencias dictatoriales que culminaron con el golpe de Estado de Primo de Rivera. Resulta sorprendente que en España, un país notoriamente hermético, los acontecimientos que tenían lugar en el otro extremo de Europa fueran vividos casi con la misma emoción que un hecho patrio, polarizando y exaltando a la opinión pública. A esto contribuyeron sin duda las similitudes estructurales entre España y Rusia, dos países atrasados en los que la cuestión nacional, campesina y obrera y la perduración de instituciones caducas e ineficientes conformaban un verdadero polvorín.

La intensidad con la que fue vivida la Revolución rusa en España ya ha sido historia en diversas obras.¹ Sin embargo, se ha prestado menos interés a los canales que transmitían las noticias de Rusia a través de una Europa sacudida por la guerra a la introspectiva España de la Restauración. «¡Son muy altos los Pirineos y muy tardos en percibir los oídos ibéricos...!», decía Díaz del Moral.² Diversas obras han historiado la cobertura de la prensa española de la Revolución rusa.³ Menos se ha escrito sobre los personajes que actuaron de intermediarios entre ambos países, traduciendo, explicando y clarificando, sirviendo de valiosos puntos de contacto con la agitada realidad rusa.⁴

A todas vistas, estos individuos condicionaron decisivamente la acalorada actitud que tomó tanto la izquierda como la opinión conservadora y liberal sobre los cataclismos

1. Véanse entre otros: DEL MORAL, J. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Alianza Editorial. Madrid, 1967. MEAKER, G. *The revolutionary Left in Spain, 1914-1923*. Stanford University Press. Stanford, 1974. FORCADELL, C. *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*. Crítica. Barcelona, 1978. AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*. UNED. Madrid, 1999. ROMERO SALVADÓ, F. *España, 1914-1918: entre la guerra y la revolución*. Crítica. Barcelona, 2002. PAGÈS, P. & GUTIÉRREZ, P. *La revolución rusa pasó por aquí*. Laertes. Barcelona, 2017.
2. DEL MORAL, J. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Alianza Editorial. Madrid, 1967, 90.
3. Javier Maestro hace un buen resumen de esta literatura en: MAESTRO, J. «La revolución rusa en la prensa española de 1917», en: PAGÈS, P. & GUTIÉRREZ, P. (eds.). *La revolución rusa pasó por aquí*. Laertes. Barcelona, 2017, 42.
4. El mejor estudio de algunos de estos intermediarios se encuentra en: AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia*. Op. cit.

que sacudían a Europa del este. El presidente Conde de Romanones, por ejemplo, mantuvo correspondencia sobre el peligro bolchevique con el cónsul blanco de Barcelona, Alexéi Márkov.⁵ Son bien conocidos también los artículos de la corresponsal del *ABC* en Rusia, Sofía Casanova, esposa de un terrateniente polaco y de opiniones marcadamente anti-comunistas.⁶ El prestigioso diario liberal *El Sol* adjudicó una columna semanal al personaje al cual está dedicado este artículo, el menchevique Nikolái Tasin, que también fue invitado a escribir en la publicación del socialista moderado Fabra Ribas, *La Internacional*. En el otro extremo político, el anarquista ruso-belga Víctor Serge escribió el primer editorial de *Tierra y Libertad* sobre la revolución rusa.⁷ Serge afirmó haber entusiasmado al propio Salvador Seguí sobre los hechos que en Rusia acaecían.⁸ El libertario Manuel Buenacasa, uno de los principales analistas de la revolución a través de *Solidaridad Obrera*, y paladín del bolchevismo en la CNT, reconoció deber la mayor parte de sus informaciones a «un camarada ruso».⁹ Por su parte, la juventud tercerista del PSOE, eufórica defensora del régimen soviético, fue exhortada a escindirse y crear el Partido Comunista Español en 1920 por el agente bolchevique Mijaíl Borodin y su colaborador, el crítico estadounidense Charles Phillips (alias Ramírez, Gómez, Seaman y Shipman), que pasaron varias semanas en Madrid a principios de 1920.¹⁰

El miedo al contagio del bolchevismo en España, que se apoderó de las clases acomodadas del país en estos años, estaba estrechamente ligado al temor xenófobo a agitadores extranjeros, a menudo imaginados como rusos o judíos.¹¹ La histeria era tal que el gobierno llegó a planear la extradición de la colonia rusa en España. El temor al comunismo se mezclaba con la desesperada condición en la que muchos refugiados se encontraban, llegados durante la guerra de los antiguos imperios centrales y de la Rusia zarista, y ahora a menudo apátridas. Estos proyectos se materializaron en la expedición del buque Manuel Calvo en abril de 1919, cuando unos doscientos refugiados de Europa del este, no sólo rusos sino también de los antiguos imperios austrohúngaro y otomano, fueron deportados del puerto de Barcelona. El final trágico de esta empresa, cuando la nave chocó con una mina en el Egeo y se hundió, dio fin a los planes de extraditar a los refugiados.¹² Pero la paranoia xenófoba persistió. Los archivos de la policía y el ministerio del interior

5. GARCÍA SALA, I. «Traductores del ruso en España: los Markoff, esbozo biográfico», *Cuadernos hispanoamericanos*. N.777, marzo de 2015, 45-48.

6. AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia*. op. cit., 24-29.

7. SERGE, V. «Un zar cae», *Tierra y Libertad*. Barcelona, 04/04/1917.

8. SERGE, V. *Memoirs of a revolutionary*. New York Review of Books. Nueva York, 2012, 64.

9. BUENACASA, M. «Siluetas pacifistas: ¡Lenin!», *Solidaridad Obrera*. Barcelona, 26/11/1917.

10. SHIPMAN, C. *It Had to be a Revolution: Memoirs of an American Radical*. Cornell University Press. Cornell, 1993, 92-97.

11. AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia*. op. cit., 81-85.

12. AIZPURU, M. «La expulsión refugiados desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países», *Migraciones y exilios*. N.11, 2010.

de estos años están llenos de informes sobre supuestos agitadores rusos que extendían el comunismo por la Península. Por ejemplo, en agosto de 1919 el ministro de gobernación Burgos y Mazo escribía a las autoridades de Sevilla: «se me dice que por las calles de esa población anda pidiendo limosa un sujeto extranjero, con barba larga, chaqueta oscura, pantalón claro, que finge ser ciego, y cuando entra en los barrios extremos se sube en una silla u otro punto de apoyo y empieza a predicar doctrinas bolchevikistas.» Al final, resultó que el sospechoso no era ruso ni extranjero, sino un tal Manuel Aguirre Bellido, de Valencia del Ventoso, que se dedicaba a difundir propaganda vegetariana y que además «dicho individuo está completamente ciego y carece en absoluto de recursos», siendo enviado a un asilo por el compasivo Burgos y Mazo.¹³ Como protestaban los editores de *El Sol*, «la palabra ruso ha evolucionado. Antes tenía un concepto geográfico. Ahora tiene un concepto político. Se es algo ruso o se es terriblemente ruso. Todo hombre que proteste contra el caciquismo o contra la carestía de la vida es un ruso presunto.»¹⁴

La España de la Restauración nunca fue un lugar atractivo para el exilio o la inmigración. Al contrario, la pobreza y las represiones que la caracterizaban llevaron a innumerables españoles a buscar una suerte mejor en el extranjero. Hasta cierto punto, esto cambió durante la Primera Guerra Mundial. La España neutral devino un lugar de refugio para numerosos desertores, vagabundos y rebeldes de toda Europa. Muchos radicales rusos cruzaron los Pirineos, perseguidos por el zarismo, y ahora represaliados en sus tradicionales lugares de exilio europeos por el creciente autoritarismo bélico y la estrecha alianza de Rusia con Londres y París. Según el cónsul blanco Alexéi Márkov, la colonia rusa de Barcelona «ha cambiado radicalmente con el crecimiento constante y acelerado» provocado por «las expulsiones de los países aliados.» Según sus cálculos, los «elementos hostiles al Consulado General» superaban los 720 a principios de 1919. «Este elemento, avisó al presidente, está en contacto con los bajos fondos de la clase obrera española, no sólo en las fábricas, en el trabajo, pero sobre todo en las tabernas y los burdeles, donde sus “camaradas” locales les ven como héroes, como los precursores del futuro movimiento obrero de España...»¹⁵ Los casos de Trotsky y Serge son los más paradigmáticos, pero hubo muchos más. En la mayor parte de los casos, el impacto de estos individuos en el movimiento obrero español fue importante pero efímero, puesto que, como en el caso de Serge o Trotsky, estos exiliados veían España como un lugar de asilo temporal, sobre todo tras el estallido de la Revolución de febrero, y la abandonaron tan pronto como les fue posible.

Sin embargo, algunos de los radicales de Europa oriental permanecieron varios años en España, estableciendo vínculos duraderos con la izquierda española. Asimismo, al contrario de lo que señalaba Márkov, algunos de estos socialistas se mostraron contra-

13. Archivo Histórico Nacional, Gobernación (histórico): serie A, legajo 17, carpeta 1: Andalucía.

14. *El Sol*. Madrid, 23/03/1919.

15. Real Academia de Historia, Fondo Romanones, caja 96, carpeta 34.

rios a los bolcheviques, y libraron una campaña activa en contra de éstos. Este era el caso del menchevique Nikolái Tasin. Nacido en Kiev en 1873 en el seno de una familia judía, su verdadero nombre era Naum Jakovlevich Kogan.¹⁶ Tasin pertenecía a la primera generación de socialdemócratas rusos. Ya en 1903 fue exiliado a Siberia, de donde pudo escapar un año más tarde. Durante un breve exilio en Alemania y Suiza pudo familiarizarse con los círculos del exilio ruso y los feroces debates que lo dividían, conociendo a dirigentes de la talla de Trotsky, Plejánov, Vera Zasúlich o Márto. A raíz del cisma abierto en 1903 en el segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, Tasin tomó partido por la facción menchevique. Volvió a Rusia para participar en la revolución rusa de 1905. En noviembre de 1906, se trasladó a Tamerfors (hoy Tampere) para tomar parte en la conferencia socialdemócrata que había de debatir la participación del partido en la nueva Duma, después de la disolución por la autocracia de la discolta primera Duma. Según el testimonio de Tasin, que en Tamerfors era delegado menchevique, ya en ese momento quedó asombrado por la habilidad política y la tenacidad de Lenin, pero también por su testarudez y por el sectarismo de sus seguidores.¹⁷ Volvió a ser arrestado durante los llamados «años de la reacción» que siguieron a la revolución de 1905, pero pudo escapar de su cárcel y buscar asilo en Europa, estableciéndose en París. Allí se hizo colaborador del periódico liberal *Kievskaya Mis'* (*Pensamiento de Kiev*), del que también era corresponsal Trotsky. Efectivamente, durante la Primera Guerra Mundial, mantuvo un contacto estrecho con éste y con su grupo, nucleado en torno al diario *Nashe Slovo* (*Nuestra Palabra*). Esta precaria publicación, siempre al borde de la quiebra, reunía a la más extraordinaria cantera de corresponsales con la que jamás haya contado un periódico, puesto que la mayor parte de ellos acabarían convirtiéndose en dirigentes de la Rusia revolucionaria.¹⁸

A principios de 1918 Tasin se traslada a Madrid. Poco se sabe de las circunstancias en las que realizó este viaje, sólo que «la guerra le ha traído a España», como señalaban sus mecenas de *El Sol*.¹⁹ Todo apunta a que se trasladó bajo la compulsión de las autoridades francesas, al igual que Trotsky dos años antes, en el contexto del deterioro de las libertades de los exiliados rusos, complicado a partir de noviembre de 1917 por los cataclismos revolucionarios. Como explica el propio Tasin, los franceses empezaron a reclutar a todos los hombres rusos en edad de luchar, dándoles un trato punitivo en el frente.

En España, Tasin hizo gala de gran talento y energía como periodista, comentarista y traductor. Dominando rápidamente el castellano, se labró un nombre como el mejor

16. Información de la Deutsche Nationalbibliothek.

17. Este acontecimiento no se debe de confundir con la conferencia de Tamerfors de diciembre de 1905, en la que sólo participan bolcheviques: KRUPSKAYA, N. *Mi vida con Lenin*. Mandrágora. Barcelona, 1976, 136.

18. DEUTSCHER, I. Trotsky. *El profeta armado*, Era. México DF, 1966, 208-209.

19. «Desaparición de Nicolás II. Reaparición de Kerensky», *El Sol*. Madrid, 29/06/1918.

conocedor de la realidad rusa en España. «Ningún otro periodista, se jactaba *El Sol*, puede superarle en el profundo conocimiento de los personajes y los problemas rusos.»²⁰ En un contexto de gran confusión e incertidumbre sobre lo que en Rusia sucedía, en el que «los hombres de Occidente apenas podemos tener una idea remota en lo que se refiere a los asuntos de Rusia, tan difíciles y complejos», y en el que abundaban los rumores y las distorsiones, Tasin destacaba por la sobriedad de sus comentarios y por la precisión de sus análisis.²¹ La principal baza de Tasin no era su conocimiento del idioma ruso o sus raíces en el antiguo imperio zarista. Al fin y al cabo, otros exiliados de hornadas anteriores, como el revolucionario estonio Ernesto Bark, que se asentó en Madrid a finales del siglo XIX, erraron visiblemente sus análisis sobre la Revolución rusa, afirmando, por ejemplo, que Kropotkin era un dirigente bolchevique.²² Lo que distingue a Tasin es su conocimiento de primera mano del marxismo ruso, de su evolución y del pensamiento de sus dirigentes; «se trata de un hombre», decía *La Correspondencia de España*, «familiarizado con las ideas allí en juego, y que además conoce perfectamente a los hombres que las defienden.»²³ Asimismo, tras años de exilio en distintos países europeos Tasin probablemente contaba con una amplia red de informadores en Europa que le permitía contrastar y sopesar la información, y no desorientarse en la avalancha de noticias falsas o distorsionadas que barre la prensa española.

El prestigioso diario madrileño *El Sol* le abrió sus columnas, y en sus incontables artículos el menchevique estudia los dramáticos acontecimientos que sacuden Rusia: la ruptura de la coalición con los Social Revolucionarios y los estragos de la ocupación alemana en Ucrania, el agravamiento de la Guerra Civil, las diferentes batallas, los debates en el seno del gobierno soviético, la ruptura de la luna de miel con los campesinos y la implantación del comunismo de guerra, etc. También escribirá para *España*, *La Internacional*, *La Lectura* y otros periódicos y revistas madrileños. Asimismo, ayudará a divulgar el pensamiento de los dirigentes soviéticos, traduciendo importantes obras de Trotsky, Zinóviev o Lenin, incluyendo la primera edición española de *El Estado y la revolución proletaria*, publicada en Madrid en marzo de 1920. Incluirá prefacios hostiles a los bolcheviques, donde cuestionará y criticará sus teorías. Tasin condensará sus escritos sobre Rusia en su obra de 1919, *La revolución rusa*, donde explica los explosivos sucesos de los dos años anteriores y expone su opinión sobre el proceso revolucionario.²⁴

En 1920 comienza a traducir literatura del ruso. La Revolución rusa despierta el interés del público español no sólo por la política del antiguo imperio zarista, sino también por sus letras. Tasin traduce obras de Chéjov, Andreiev, Korolenkó o Gorki. Continuará

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*

22. BARK, E. «La Rusia libre: ¿A dónde vamos?», *Solidaridad Obrera*, Barcelona: 20/11/1917.

23. «A través de los libros: la revolución rusa», *La Correspondencia de España*, Madrid 16/10/1919.

24. AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia*. op. cit., 69-75.

traduciendo literatura rusa al castellano incluso después de abandonar España. Así pues, el intermediario político deviene también embajador literario. Andreu Nin seguirá sus pasos en los años 20 y 30, siendo no sólo un cuadro dirigente del comunismo (primero del oficial y luego del disidente), sino también un industrioso traductor de literatura rusa al castellano y al catalán.²⁵

Partiendo de la consideración de que Rusia estaba demasiado atrasada para avanzar hacia el socialismo, Tasin está convencido de la necesidad de una etapa de desarrollo capitalista en el marco de una democracia burguesa avanzada, como la que parecía anunciar la revolución de febrero. Ésta fue descarrilada por el insensato «golpe de Estado» bolchevique. Asimismo, en su polémica con el bolchevismo reprodujo los argumentos de Kautsky, que propugnaba un régimen obrero basado en la máxima democracia y en la apropiación del Estado en el interés del proletariado, en vez de en la destrucción del aparato estatal y la implantación de una maquinaria terrorista, como afirmaban los bolcheviques. Como el resto de mencheviques, criticó duramente el tratado de Brest-Litovsk y la retirada de Rusia de la guerra, que dio oxígeno al «militarismo alemán.»²⁶ Aun así, como muchos otros mencheviques, no dudó en criticar la intervención aliada y en ver en el Ejército Rojo un mal menor ante la amenaza blanca. Además, en las horas más bajas del régimen soviético en 1919, cuando muchos pronosticaban su colapso, previó acertadamente que los bolcheviques se alzarían con la victoria, debido al repudio de la mayoría de la población de los blancos y sus patronos extranjeros.²⁷

Sus grandes referentes en el marxismo ruso eran Pável Axelrod y Georgi Plejánov, mientras que internacionalmente se convertiría en un fiel seguidor de Karl Kautsky y Otto Bauer, mostrando interés también en las ideas heterodoxas de Bernstein. Así pues, Tasin era un marxista clásico de la Segunda Internacional y un menchevique hasta la médula, articulando su crítica al bolchevismo desde la perspectiva de un marxismo reformista, gradualista y que se arrogaba la ortodoxia del socialismo científico. No se debe olvidar el carácter marcadamente etapista de gran parte del marxismo europeo anterior a 1917. El propio Antonio Gramsci, partiendo de esta visión, se referiría a la insurrección de octubre como «una revolución contra “El Capital”.»²⁸ En España, los dirigentes socialistas reaccionaron a los acontecimientos rusos con escepticismo y, a menudo, con hos-

25. El antes mencionado Alexéi Márkov también sigue esta senda, abandonando su puesto de cónsul blanco para dedicarse a la traducción: GARCÍA SALA, I. «Traductores del ruso en España». *op. cit.*, 45-48.

26. TASIN, N. *La dictadura del proletariado: según Marx, Engels Kautsky, Bernstein, Axelrod, Lenin, Trotzky y Baüer*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1920, 51.

27. TASIN, N. *La revolución rusa: sus orígenes, caída del zarismo, la revolución de marzo, el bolchevismo, sus doctrinas, sus hombres, su acción*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1919, 199-202.
Juan Avilés ofrece un resumen conciso de las posturas de Tasin en: AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia*. *op. cit.*, 72-73.

28. GRAMSCI, A. «La rivoluzione contro il capitale», *Avanti!*, 24/12/1917.

tilidad, mientras que fueron los anarquistas quienes más entusiasmo mostraron ante el triunfo bolchevique.

No debe sorprendernos pues que entre los ataques que Tasin espetó a Lenin estaba la acusación de ser un anarquista, por su supuesta falta de materialismo y su creencia en la posibilidad de la revolución socialista en un país atrasado, por su demagogia y por sus concesiones populistas a los obreros y al campesinado, destruyendo el capitalismo «a porrazos violentos» en nombre de los primeros y redistribuyendo la tierra «del modo más caótico» para granjearse apoyo de los segundos. «Es verdad, concluía Tasin, que puede decirse que el jefe del bolchevismo ruso tiene muchos más puntos de contacto con Bakunin que con los marxistas.»²⁹ Según Tasin, si las medidas populistas de Lenin habían encumbrado a los bolcheviques en 1917, dos años más tarde habían conducido al caos. El colapso de la industria, las exacciones de la guerra, la hiperinflación y la reticencia de los campesinos a vender su producto habían dado lugar a una situación económica catastrófica y a un conflicto violento entre la ciudad y el campo.³⁰ Si Tasin es un producto clásico del mundo de la Segunda Internacional, resalta entre los socialistas españoles por su profundo conocimiento del marxismo y de los entresijos de los debates del socialismo europeo, de los que la mayoría de los socialistas españoles, «fríos, esquemáticos, formulistas,» como decía Joaquín Maurín, tenían escaso conocimiento.³¹

Su erudición y sus posturas contrarias al bolchevismo le valieron la simpatía de la derecha socialista. Además de escribir para *La Internacional*, el periódico que dirigía Fabra Ribas, fue invitado como espectador al congreso del PSOE de junio de 1920. Su presencia enfureció a los terceristas, partidarios de la Internacional Comunista, y dio lugar a una «batalla campal», como recuerda Juan Andrade, en la cual el comunista José Illesca asestó un puñetazo a Tasin que dio con él en el suelo.³² Como señala Juan Avilés, parece que la derecha socialista acabó sintiendo reticencias a la hora de usar a Tasin contra los terceristas. Como muchos socialdemócratas europeos, el ala derecha del PSOE tuvo en ocasiones que aguar su retórica anti-comunista para evitar la cólera de las bases del partido hasta que amainó el entusiasmo bolchevique.³³

En circunstancias misteriosas, Tasin abandona España en 1921, afincándose en Alemania. Posiblemente, la estabilización relativa de la situación europea le llevó a buscar pastos más verdes que la provinciana España. Colaborará con un periódico ruso de Berlín, *Dni (Días)*, y escribirá su única novela, la obra de ciencia ficción *Katastrof*. Seguirá, eso sí, traduciendo obras del ruso al castellano, como la *Ética* de Kropotkin, *La novela de un terrorista*, de Stepniak, o *Presente y futuro* de Zinóviev. La revista madrileña *La Época* se

29. TASIN, N. *La dictadura del proletariado*. op. cit., 131-132.

30. TASIN, N. *La revolución rusa*. op. cit., 208-215.

31. MAURÍN, J. *Revolución y contrarrevolución en España*. Ruedo Ibérico. París, 1966, 244.

32. MEAKER, G. *The Revolutionary Left*. op. cit., 272.

33. AVILÉS, J. *La fe que vino de Rusia*. op. cit., 110-111.

referiría a él como uno de los más importantes embajadores de la literatura rusa en España.³⁴ No hay información sobre cuándo o dónde acabó Tasin sus días.

Las peripecias de este personaje son asombrosas, de la clandestinidad al destierro en Siberia, de las grandes luchas sociales de 1905 a los acalorados debates de la socialdemocracia rusa, y de los círculos radicales del París de la guerra a la agitada España de finales de la Restauración, donde lamentará los excesos de sus antiguos adversarios de partido y se convertirá en una valiosa fuente de información y análisis, para acabar finalmente en la Alemania de Weimar. Pero en cierto sentido, es también una trayectoria habitual en una Europa marcada por la guerra y la revolución. Y es en la estela espectacular de personajes como Tasin, o Víctor Serge, o el propio Trotsky que se estrecharon los lazos entre España y la Rusia revolucionaria.

Apéndice 1

Semblanza de Nikolái Tasin de Lenin.³⁵

En otoño de 1906 reinaba gran animosidad entre los socialdemócratas ruso. La primera Duma del Estado había sido brutalmente disuelta. Se acercaban las elecciones para la segunda Duma, y todos los elementos progresivos del país se preparaban para una lucha decisiva contra la reacción. Los socialistas estaban muy divididos. Los bolcheviques insistían en que el partido no tenía nada que ver con esa "caricatura de Parlamento", como calificaban a la Duma. Los mencheviques, al contrario, opinaban que era preciso utilizar la lucha electoral, y luego, la tribuna de la Duma para la propaganda revolucionaria. Los jefes de las dos fracciones, entre ellos Lenin y Mártoov, se encontraban en Petrogrado (naturalmente, con pasaportes falsos). Organizaban reuniones en las fábricas, pronunciaban discursos inflamatorios, publicaban folletos y llamamientos. Las proclamas penetraban, por caminos misteriosos, en las oficinas gubernamentales, en los despachos de los jefes de la Policía secreta, hasta en los palacios.

Lenin desplegaba una energía asombrosa. Como las imprentas no bastaban para imprimir los numerosos folletos y llamamientos, propuso apoderarse de las imprentas de la Prensa burguesa, y aun conservadora, sirviéndose de a fuerza o de la astucia. Aquel método se propagó muy pronto, y tuvo gran éxito. El procedimiento era muy sencillo: un grupo de socialistas, armados con revólveres, se presentaba el mejor día en la imprenta; uno se colocaba en

34. «Nicolás Gogol: su vida y su obra», *La Época*, Madrid, 20/03/1926.

35. Prefacio a LENIN, V. *El Estado y la revolución proletaria*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1920, 23-34.

la entrada para cortar la salida; otro se ponía al teléfono para impedir que la administración pidiera socorro; un tercero se dirigía al director, pidiéndole, en tono muy cortés, que hiciera imprimir inmediatamente tantos millares de ejemplares de tal o cual proclama.

—Vamos a pagar muy bien— decía. Somos unos clientes.

Si el director se negaba, se le declaraba provisoriamente prisionero; luego, los invasores, siempre con revólveres, se dirigían a los obreros, ordenándoles que se pusieran inmediatamente al trabajo. Los obreros, que simpatizaban, en su mayor parte, con el socialismo, generalmente cumplían con mucho gusto, simulando ceder tan sólo a la violencia. Y trabajaban con mucho más celo que para el patrono, de modo que dos o tres horas más tarde, los invasores recibían ya a los obreros con generosidad de príncipe, le saludaban y se marchaban.

Por desgracia, una parte notable de esta literatura revolucionaria estaba consagrada a la polémica muy violenta entre los bolcheviques y los mencheviques, sobre todo acerca de las elecciones a la Duma. Había que buscar un acuerdo. Después de largas negociaciones, se tomó la decisión de convocar una Conferencia de distintas fracciones socialistas. Como no era posible celebrarla en Rusia, se decidió convocarla en Finlandia, que a pesar de estar bajo el poder zarista, gozaba de cierta libertad política.

A fines de noviembre, la pequeña y apacible ciudad finlandesa Tamerfors, se llenó de socialistas rusos, representantes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, de la Siberia, de la Crimea, de Polonia, del Cáucaso. Los habitantes nos miraban con gran curiosidad, como si viviéramos en otro mundo. En efecto, éramos para ellos seres extraños, y ni siquiera entendían nuestro idioma. Habíamos elegido Tamerfors, por ser su Consejo municipal socialista. Hasta el jefe de la Policía era un socialdemócrata. El alcalde puso a nuestra disposición el gran salón del Ayuntamiento, y manifestó el mayor celo en alojar a los delegados con todas las comodidades posibles.

Por casualidad, me encontré yo alojado, en compañía de otros delegados, en la misma casa que Lenin. Casi todos eran bolcheviques; tan sólo había dos mencheviques y un delegado polaco. Nuestra casa era una especie de estado Mayor de la fracción bolchevista de la Conferencia.

—¿No van ustedes a ejercer de espías?— preguntó en tono de burla Lenin, dirigiéndose a nosotros, cuando nos reunimos por primera vez en aquella casa.

—Pierda usted cuidado, le contestó mi compañero menchevique.

—Habrás aquí, sin duda, otros espías, profesionales.

En efecto, después de la Conferencia nos enteramos de que el Gobierno de Petrogrado había mandado a Tamerfors unos espías.

Los bolcheviques que vivían con nosotros, se conducían en casa como conspiradores, hablando en voz baja y buscando rincones remotos. Sus correccionistas, alojados en otras casas, venían con frecuencia para recibir órdenes e instrucciones de Lenin. Se calculaban los votos, se preparaban las mociones, se repartían los papeles. En la mesa, durante la comida o la cena, seguían conspirando, pero tan sólo con alusiones y medias palabras. Lenin, a veces, ponía término a estas conversaciones.

—¡Basta! Hablemos de otras cosas, para no molestar a nuestros queridos amigos. Además, corremos el riesgo de atraer sobre nosotros los truenos de *Nuestro Camino*.

Era una alusión directa a mi modesta persona; a la sazón dirigía yo un periódico menchevista con ese título.

Los fieles de Lenin le miraban con ojo de enamorados y le escuchaban como a un profeta. Y sin embargo, no había en él nada de lo que caracteriza a un gran jefe. Uno de mis compañeros, que veía en Tamerfors a Lenin por primera vez, me dijo:

—Me lo figuraba de otra manera. Parece un hombre muy ordinario, casi un quídam.

En efecto, a no saber que era Lenin, se le podría tomar por un pequeño comerciante, un dependiente de almacén de ultramarinos, o un modesto empleado del Estado, pero de ningún modo por un jefe revolucionario. Su cabeza calva, su cara redonda en la cual hay algo de tártaro, sus pequeños ojos astutos y casi siempre sonrientes, su escasa perilla rubia, sus ademanes y gestos algo vulgares, hasta su desaliñada manera de vestir no revelaban, de ninguna manera, en aquel hombre nada extraordinario. No se desatacaba, en medio de la muchedumbre, ni siquiera en el fondo del pequeño grupo.

Cuando apareció por primera vez en el gran salón de la Conferencia, los delegados que no le conocían todavía, experimentaron una gran decepción.

¿Ese es Lenin?

Pero muy pronto, al oír sus discursos, al ver con qué acierto y empuje capitaneaba a sus pequeñas tropas, cambiaron de opinión. Recuerdo que ya, después de la primera reunión general, los delegados casi no hablaban más que de Lenin. Y casi todos estaban de acuerdo.

—¡Qué demagogo!

—¡Es un hombre peligroso!

—¡Un Bakunin forrado de jesuita!

Etc. etc.

A medida que avanzaban los trabajos de la Conferencia de Tamerfors, las pasiones políticas se iban exacerbando. Los dos campos tenía allí sus mejores fuerzas, sus jefes más notables. Durante una quincena de reuniones, la batalla siguió sin tregua ni descanso, encarnizada, desesperada. Los discursos se convertían a veces en diatribas implacables contra los adversarios. Los oradores abandonaban la tribuna agotados, cubiertos de sudor, como si salieran de una partida de boxeo. Al final de la Conferencia, algunos habían perdido la voz. Yo vi oradores que, al terminar su discurso, dirigían a la habitación vecina para echar agua fría sobre su cabeza inflamada.

Tan sólo Lenin parecía conservar toda su sangre fría, toda su seguridad en sí mismo. En medio de aquellas pasiones desencadenadas, de las violentas protestas, de los gritos de indignación, tan sólo él permanecía —por lo menos en apariencia— impasible, tranquilo, sonrientes sus pequeños ojos. Cuando, al oír un discurso apasionado de un orador anti-bolchevista, los delegados manifestaba una honda emoción, se oía de repente la risa de Lenin, irónica, sarcástica.

—¡No hay motivo para reírse!— le decía con indignación el orador. —La cosa no tiene nada de cómica.

Pero Lenin seguía interrumpiendo a su adversario con una risa desconcertante, molesta, ofensiva, sin hacer caso alguno de la indignación de la mayoría de la asamblea.

Eso no le impedía guiar con gran acierto a sus partidarios. Todos ellos procuraban colocarse cerca de él; le miraban como alumnos a su maestro o como mahometanos fieles a su gran sacerdote. Sus adversarios le llamaban en burla «el papa Lenin». Cuando sobrevenía, durante los debates, una situación un poco complicada, las miradas de todos los bolcheviques se dirigían hacia el «papa Lenin».

Este daba, cuchicheando, órdenes a sus más próximos vecinos, que, a su vez, las transmitían a los otros. A los que estaban muy lejos, se les transmitían por escrito las instrucciones. Minutos más tarde, toda la tropa bolchevista sabía ya cómo había que votar, o, en general, cómo había de reaccionar a la situación creada. Y ni una sola vez se notó la más ínfima discrepancia entre los bolcheviques; todos marchaban unidos, juntos los hombros, en filas compactas. Si algún bolchevique, por haber comprendido mal las órdenes del comandante en jefe, se equivocaba y votaba en el sentido contrario, todo el ejército leninista le dirigía miradas de cólera, y el pobre se apresuraba a rectificar su voto.

La aparición de Lenin en la tribuna, aún en los momentos de cansancio general, era siempre como un latigazo hasta para los más abatidos. La asamblea parecía sacudida por una corriente eléctrica.

—¡Compañeros!— pronunciaba con calma Lenin.

A veces, y sonriendo astutamente, añadía:

—¡Y muy estimados adversarios!

Su postura era tranquila, imperturbable, imparable, como si se encontrara en su propio despacho. Se adivinaba, en toda su conducta, un ligero desprecio, no solamente para sus «muy estimados adversarios», sino también —quizá más aún— para sus fieles y beatos partidarios.

—¡Compañeros! Es un verdadero milagro que el último discurso de mi distinguido adversario no me haya aplastado: tan horribles eran sus truenos. Me inclino a creer que aquellos truenos no han sido más que tramoya, fabricados entre bastidores...

Seguía en aquel tono burlón unos cinco o diez minutos, provocando un gran alborozo entre los bolcheviques y la cólera más viva de sus adversarios.

Luego, borrando la sonrisa de su cara redonda, decía:

—Pero vamos a hablar en serio. Vamos a examinar, una por una, las razones de nuestros oportunistas incorregibles. Dicen que nuestro partido no puede permitirse el lujo de boicotear la Duma...

Su voz clara, de timbre metálico, a pesar de no ser muy fuerte, parece llenar el salón entero, retumbar en los oídos como sonidos de campana, abrirse camino a través de las paredes. Rara vez he visto yo un orador con tanta capacidad de sugestión y de autoridad despótica sobre su auditorio.

Elude exponer sus propias razones; prefiere convencer a sus oyentes combatiendo a sus adversarios. En vez de demostrar que dos y dos son cuatro, se empeña en demostrar que no son cuatro y medio, como afirma tal o cual de sus contradictores.

Su lenguaje es violento en extremo. Le gustan calificativos de desprecio, que ofenden, hieren, llenan de cólera. ¡Cuántas veces, durante aquellas sesiones, calificó a los socialistas más honrados de «lacayos de la burguesía», de «lugartenientes de la reacción», de «cobardes»!

—¡Yo me figuro, exclamó una vez, al oír a Lenin, uno de los jefes anti-bolchevistas— el despotismo que desplegaría usted, compañero Lenin, si tuviera la suerte de alcanzar el Poder!

Tenia razón: actualmente, él mismo, así como algunos otros miembros de la Conferencia de Tamerfors, están perseguidos por Lenin sin piedad alguna.

A causa de la intransigencia de los bolcheviques, no se pudo llegar a un acuerdo. Las relaciones entre los dos campos se hicieron aún más hostiles. Además, nos vimos en la precisión de poner, con toda prisa, término a la asamblea. El Gobierno del zar dirigió una nota a las autoridades finlandesas protestando contra el hecho de convertir Tamerfors en un foco revolucionario.

El jefe de la Policía local y el alcalde nos previnieron que corriamos el riesgo de ser detenidos por los gendarmes rusos. Había que abandonar, lo

más pronto posible, a la pequeña ciudad hospitalaria. Para despistar a la Policía, los delegados marcharon por varios caminos, hasta por Helsingfors y Suecia.

Semanas más tarde, me encontré con Lenin en Moscú. Fue en una fábrica de las cercanías en las cercanías de la capital, durante un mitin.

Las entradas estaban guardadas por un grupo de obreros, a quien se llamaba en burla «guardias rojos». Nadie sospechaba, en aquella época, que algún día el mismo Lenin tendría a sus órdenes una verdadera guardia roja...

—¡Compañeros!— resonaba su voz en el inmenso taller, ante millares de gentes que le escuchaban con avidez, como a un nuevo Mesías. —¡Compañeros! Los mencheviques, esos lacayos de la burguesía...

El mismo timbre metálico, la misma apariencia tranquila, la misma impasibilidad, y la misma, siempre la misma canción. Tal había sido Lenin en Petrogrado y Tamerfors, tal era en Moscú, tal es ahora en la cima del Poder. Lenin, como Savonarola, como Juan Hus, como todos los fanáticos de todas las épocas, no cambia nunca ni sus ideas ni sus costumbres. Las rocas no cambian...

N. TASIN
MADRID, 1920

Apéndice 2:

Semblanza de Nikolái Tasin sobre Trotsky, con dos artículos de éste sobre su estancia en España en 1916.³⁶

La primera vez que yo oí hablar de Trotsky fue en 1903, en Siberia, adonde me había deportado el gobierno del zar. Trotsky acababa de huir al extranjero con un pasaporte las. Sus compañeros me hablaban de él como un hombre de gran porvenir.

—¡Ya lo verá usted! Ese muchacho llegará a ser uno de los jefes del movimiento revolucionario.

—Tiene algo de Lasalle.

—Y trata de aumentar el parecido.

Tales juicios me intrigaban, despertándome grandes ganas de conocer al Lasalle ruso. No fue cosa fácil para mí. Condenado a doce años de trabajos

36. Prefacio a TROTSKY, L. *El triunfo del bolchevismo*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1920, 9-41. Los pasajes de Trotsky están sacados de dos artículos escritos por éste en el periódico parisino L'Époque.

forzados, desesperaba ya de verme un día en libertad. Pero en el mes de septiembre de 1904, después de una estancia de diez y ocho meses en Siberia, pude escaparme sin despedirme de los gendarmes, como se dice en Rusia, y sin pagar mi cuenta al gobierno ruso, al que quedé debiéndole diez años y medio de presidio.

Después de vencer una porción de obstáculos, llegué, seis semanas después, a Berlín. Y la primera cosa que me propusieron mis amigos fue ir a una conferencia que daba Trotsky.

—¿Pero está en Berlín?

—Sí, y esta tarde dará una conferencia sobre Lasalle.

¡Trotsky hablando sobre Lasalle! No cabía duda de que el destino me era muy favorable. Aquella noche tuve el gusto de conocer a Trotsky. Nuestra conversación giró alrededor de la vida en Siberia y de mi fuga. Todo el tiempo que duró nuestra charla estuvo con sus ojos fijos en mí, como si quisiera tomarme medida. Yo también le estudiaba con la mirada. Me produjo la impresión de un hombre fuerte, orgulloso, duro, tenaz, implacable. Sus labios finos y apretados, sus cejas fruncidas sobre los ojos fríos y penetrantes, todo su rostro nervioso y expresivo revelaban un carácter más que batallador, agresivo. En su cara había algo de mefistofélico: sus facciones descarnadas, su alta frente, su mirada aguda, su barba móvil, adornada con una pequeña perilla, me recordaban a la cabeza de Mefistófeles, obra del célebre escultor ruso Antokolsky.

A los pocos minutos Trotsky subió a la tribuna. La sala estaba llena de un público bullicioso. El conferenciante, con un gesto imperioso, hizo el silencio y comenzó a hablar. Desde las primeras palabras se vio que era un verdadero orador, dueño del arte de dominar a su auditorio. Hablaba con extraordinaria facilidad, sin consultar las notas que tenía sobre la mesa. Las frases se sucedían redondas y perfiladas, en orden perfecto, llenas de brillo. De vez en cuando levantaba la voz, y entonces sus palabras semejabán un fuego de artificios que caía en estrellas de colores sobre sus oyentes. Era un orador artista, quizá más bien un artista que un orador.

Mi impresión de que Trotsky es un artista se confirmó a media que fui conociéndole. Es un artista siempre y en todos los momentos. Los estrados de los círculos políticos, las tribunas de los mítines populares, hasta las barricadas, son para él como un escenario teatral. Y hasta en las barricadas compone cuidadosamente sus posturas y sus gestos.

Unos meses después encontré a Trotsky en Ginebra, que en aquella sazón era la residencia preferida de los emigrados políticos rusos. Se agrupaban en torno de Plejánov, Lenin, Márto, Vera Zasúlich, Chérnov. Casi todos vivían en la miseria más negra. Pero aunque comían poco, no por eso dejaban de apasionarse por las cuestiones políticas y sociales. Aquellos estómagos vacíos

discutían incansablemente sobre los medios más eficaces de acabar con el antiguo régimen.

La colonia rusa estaba muy dividida. Había tres partidos: social-demócratas, socialistas-revolucionarios y anarquistas; todos ellos, a su vez, se dividían en fracciones hostiles; especialmente reñían entre sí las dos facciones del partido socialdemócrata, es decir, los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, y los mencheviques, acaudillados por Plejánov y Mártoov.

Trotsky no se adhirió ni a los bolcheviques ni a los mencheviques. Formó una tercera facción que se llamó *primirentzi*, es decir, de los pacificadores. Pretendía restablecer la paz entre los partidarios de Lenin y los de Plejánov: pero, en vez de pacificar, atacaba con extremada violencia a los unos y a los otros, y las luchas intestinas, en lugar de cesar, iban creciendo. En vez de dos frentes de combate, el partido social-demócrata tuvo tres. Lenin luchaba no sólo contra Plejánov y Mártoov, sino también contra Trotsky, a quien calificaba de demagogo y aventurero revolucionario; Trotsky fulminaba contra Plejánov y Lenin; Plejánov atacaba a Lenin y Trotsky, y todos juntos discutían encarnizadamente con los socialistas-revolucionarios y los anarquistas.

Por esta época Trotsky representaba ya un papel importante en el movimiento revolucionario. Sus discursos y folletos tenían excelente éxito; pero, ¡ay! casi solamente entre los emigrados rusos del extranjero. La literatura socialista, fabricada en Ginebra y en París, no pasaba a través de la frontera rusa más que gota a gota, como agua a través de una muralla de piedra. Para que no tuviesen mucho peso, los folletos y periódicos se imprimían en papel finísimo, casi como el de fumar. Un destacamento de contrabandistas-revolucionarios hallábase siempre cerca de la frontera, buscando medios de hacer por cualquier parte una brecha en la muralla, bien guardada por soldados y gendarmes. En algunas ocasiones conseguían establecer, mediante fuertes cantidades de dinero, buenas relaciones con los gendarmes, y entonces millares de kilos de literatura revolucionaria y hasta los revolucionarios mismos, pasaban al otro lado de la frontera, como el agua en la primavera después de haber roto los diques que la aprisionaran.

Un día recibimos la noticia secreta de que en Novoselitzi, lugar situado en la frontera ruso-austriaca, nuestros compañeros habían conseguido comprar a los gendarmes, con su jefe, y que, por consiguiente, había que dirigir allí toda la "mercancía" y los hombres. Por aquel tiempo nuestros fabricantes de pasaportes falsos tenían mucho que hacer. Yo salí para Londres y compré allí un centenar de pasaportes de compatriotas que se dirigían de Rusia a América y que, por lo tanto, no iban a necesitar aquellos documentos. El precio de esos pasaportes oscilaba entre cinco y quince chelines.

Estábamos casi en vísperas de la revolución de 1905.

Con uno de esos pasaportes, a nombre de Yanovsky, Trotsky salió para Rusia.³⁷ Semanas después, yo también, con otro pasaporte, artísticamente hecho, tomé el mismo rumbo.

En Petrogrado me encontré con Trotsky por tercera vez. Era en la primavera de 1905. La capital estaba convertida en un hervidero de pasiones políticas. Las terribles derrotas, que los japoneses habían infligido a las tropas rusas en Manchuria, provocaron la indignación general contra el zarismo. Soplaban nuevos vientos. Las masas obreras preparábanse a la lucha. Millares y millares de folletos y hojas volantes excitando a la revolución, salían de imprentas clandestinas. Hasta los liberales se daban cuenta de que el gobierno zarista no podía conducir al pueblo más que al abismo.

Trotsky, con su nombre supuesto, derrochaba gran actividad. Con frecuencia le veía sobre tribunas improvisadas en las grandes fábricas de Putilov, de Obujov y otras, exteriormente rodeadas por los cosacos. Sus discursos eran como llamas que lanzaba sobre los obreros. Siempre disfrazado, cada día de una forma, recorría las calles de la capital, tomaba parte en las reuniones del Comité revolucionario, asistía a los mítines, escribía artículos en la prensa clandestina. Y, en medio de ese trajín, permanecía sin perder nunca la cabeza, conservaba siempre su sangre fría, burlaba con acierto a la policía y a los espías.

A fin de mayo, casi todo el Comité revolucionario de la capital, incluso yo, fuimos detenidos, merced a la delación de un traidor que supo meterse en nuestra fila. Trotsky escapó a la detención por un milagro; dirigiéndose a la casa donde iba a celebrarse la reunión del Comité, por ya cerca de aquella casa su olfato extraordinario percibió el «tufo a gendarmes» —y se volvió por donde había ido. Los gendarmes, a pesar de mi disfraz, reconocieron en mí a su antiguo cliente, y me declararon que me había llegado la hora de pagar mi deuda al Gobierno, amén de los intereses correspondientes. Me metieron en la fortaleza de Pedro y Pablo, y no pude ver más a Trotsky en Petrogrado. Sólo después de mi nueva fuga de la prisión central de Orel, adonde me trasladaron a principios de 1906, me enteré de que Trotsky representó en octubre de 1905 un gran papel en el movimiento revolucionario de la capital y fue elegido vicepresidente del Soviet de los obreros.

La revolución de 1905 fue ahogada en sangre. La reacción se vengaba con inaudita atrocidad del temor que le inspiró el corto triunfo de las masas revolucionarias. Casi todos los jefes del movimiento, que no consiguieron escaparse a tiempo al extranjero, fueron fusilados o encarcelados. A Trotsky le

37. Nombre tomado de su pueblo natal. TROTSKY, L. *Mi vida: autobiografía*. Zero. Madrid, 1972, 199.

soportaron otra vez a Siberia. Pero otra vez se escapó. Como para burlarse del gobierno publicó entonces un librito muy gracioso, titulado *De ida y vuelta*, en el que describía su viaje a Siberia y su fuga al extranjero. La prensa, incluso la conservadora, vio en este librito un símbolo a pesar de todas las represiones; el movimiento revolucionario acaba siempre por volver.

Transcurrieron años y años. Yo tuve la mala suerte de caer de nuevo en las garras de los gendarmes, pasé dos años más en las pirones zaristas, me escapé de nuevo y fui a establecerme definitivamente en París. Durante ocho años no vi a Trotsky: él vivió casi todo ese tiempo en Viena, donde tomó una parte muy activa en el movimiento revolucionario austriaco. Poseía perfectamente el alemán y escribía folletos incendiarios en ese idioma.

Pero vino la guerra, Trotsky, como súbdito ruso, se vio obligado a abandonar Viena y se dirigió a Zúrich. Su estancia en esa ciudad fue de corta duración. En el mes de octubre de 1914, Lunacharsky, el actual ministro de Instrucción pública con Lenin, me anunció la llegada en breve plazo de Trotsky a París. Trotsky acababa de recibir encargo de un gran periódico ruso de establecerse en París como su corresponsal de guerra. Unos días después, recibí yo también del mismo periódico idéntico encargo.³⁸ Había que organizar nuestro trabajo para no coincidir uno con otro, yo esperaba a Trotsky con cierta impaciencia.

Por fin llegó a París. Se instaló en un pequeño hotel en la calle de Odesa, en el barrio de Montparnasse. Me fui a verle. La habitación era más que modesta; dos francos diarios. Trotsky había ido solo: su mujer y sus dos hijos se habían quedado provisionalmente en Zúrich. Su equipaje era más que modesto, dos maletas viejas que traían etiquetas de casi todas las principales estaciones ferroviarias de Europa.

Nuestra cuestión se arregló pronto y del modo más amistoso.

—El periódico es bastante rico—, me dijo Trotsky,—y puede permitirse el lujo de tener dos corresponsales de guerra.

Decidimos que yo hiciese viajes por el frente y que Trotsky mandara al periódico sus artículos desde París. Este arreglo era tanto más natural como que Trotsky por aquella época conocía muy poco el francés, y durante sus visitas al frente la policía francesa le hubiera podido tomar por un espía.

38. El periódico liberal *Kievskaya Misl'*. Ver: TROTSKY, L. *Mi vida*. *Op. cit.*, 266.

Al poco tiempo Trotsky entró en la redacción de un periódico ruso, Nuestra Palabra, que publicaba en París un grupo de emigrados políticos. Algunas semanas después de su ingreso se apoderó completamente de este periódico, convirtiéndose en su director de hecho. Inmediatamente dio a la hoja un carácter antimilitarista. Discutía desde él con los socialistas patriotas, a quienes acusaba de traicionar los ideales revolucionarios. En plena guerra, en la capital de Francia, que sacrificaba diariamente millares de vidas humanas en su penosa lucha contra los alemanes, Trotsky gritaba todos los días desde las columnas de aquel periodiquito: «¡Abajo la guerra!» La cosa era demasiado atrevida. Los Maurice Barrés, Leon Daudet y demás reaccionarios franceses, no tardaron en denunciarlo y reclamar medidas de represión contra Nuestra Palabra.

El periódico era muy pobre y se veía obligado todos los días a pedir socorro a sus poco numerosos lectores de la colonia rusa. A veces carecía hasta del dinero necesario para pagar a los cajistas. Ni Trotsky ni casi ninguno de sus colaboradores cobraban nada. Algunos de ellos, no teniendo medios para pagar la casa, dormían en las «oficinas de redacción», es decir, en la única habitación que había, destinada a la redacción, a administración e imprenta. Ciertos admiradores del periódico, entre ellos Chicherin, el actual ministro de Estado con Lenin, le sostenían con sus medios, permitiéndole así vivir.

A fines de 1915, la situación de la colonia rusa, que contaba con decenas de millares de personas, se hizo muy penosa. El Gobierno francés dispuesto que los rusos ingresaran como «voluntarios» en las filas de ejército francés, o, de lo contrario, que volvieran a su país para incorporarse a las tropas rusas. Pero la mayor parte eran emigrados rusos perseguidos por el zarismo. Al regresar a Rusia hubieran sido metidos en la cárcel o deportados a Siberia. Por otro lado, los súbditos rusos que ingresaban en las filas del ejército francés, eran mirados por sus jefes como revolucionarios. Se les metía en la famosa «legión extranjera», donde les maltrataban del modo más cruel. Muchísimos rusos fueron fusilados por los Consejos de guerra, so pretexto de desobediencia.

Como era natural, los rusos de París no podían manifestar ningún entusiasmo por el servicio militar en Francia en tales condiciones.

Tampoco tenían la posibilidad de volver a Rusia. Y el Gobierno francés, así como toda la prensa reaccionaria, les declararon la guerra, persiguiéndoles de mil modos.

Entonces la colonia rusa, representada por todas sus organizaciones de carácter político y económico, confió la defensa de sus intereses a un Comité

ejecutivo de cinco miembros. Trotsky y yo formamos parte de este Comité y trabajamos juntos hasta su expulsión de París a fines de 1916.

Tengo que decir que Trotsky demostró en su nuevo cargo una gran energía. Siempre prefería una táctica agresiva, olvidando que estábamos en plena guerra, en país extranjero, a merced de la policía, que podría expulsarnos a cada momento y anular de este modo toda nuestra obra.

En aquella época vivía ya con su familia en un pasito modesto de la calle Oudry, en el barrio Latino. Me acuerdo de un detalle muy característico de Trotsky. Una vez yo y otro miembro del Comité le visitamos para leerle un llamamiento a la opinión pública francesa, que yo había escrito por encargo del Comité. Tomando el tradicional té ruso, discutimos unos párrafos del llamamiento. Por fin llegamos a un acuerdo: Trotsky introdujo unas enmiendas y aprobó el documento. Pero al final dijo con mirada pensativa:

—Todo esto está muy bien, pero a estos canallas habría que hablarles otro lenguaje.

—¿Cuál?

Trotsky tardó en contestar y quedóse un largo rato absorto en sus pensamientos.

—Estoy seguro,—dijo, por fin— estoy seguro de que la guerra enseñará a los pueblos ese lenguaje.

Los dos fuimos nombrados para entablar unas negociaciones en defensa de los rusos cerca de algunos diputados socialistas y otras personas de influjo. Recuerdo nuestra primera visita al Parlamento francés. Ni es fácil olvidar nunca la mirada de desprecio que Trotsky lanzó a su alrededor, tal que un fanático musulmán en un templo cristiano. Cuando nos introdujeron a un despacho especial, en donde nos esperaban los diputados, yo le presenté a mis amigos Jean Longuet, Ernest Lafont y Marius Moutet, a quienes él no conocía. No sospechaban aquellos señores que ante ellos se encontraba el hombre que, en breve, iba a ser dueño de Rusia.

—¡Bueno!— dijo uno de los diputados con sonrisa burlona.—Siempre los rusos, los terribles rusos. No nos dejan en paz. ¡Hacen tanto ruido!...

Era una broma, pero a Trotsky no le hizo gracia, y empezó a hablar en un francés chapurrado, de que era una vergüenza para el partido socialista francés no protestar violentamente desde la tribuna del Parlamento contra las injusticias que se estaban cometiendo con los rusos.

—Y no solamente con los rusos. En la famosa República de ustedes ocurren muchas cosas verdaderamente canallescas.

El mismo diputado fijó en él una mirada risueña, como un hombre que oye a un niño enfadado. Trotsky percibió el sentido de esta mirada, y sus ojos

lanzaron ratos de fuego. Entonces cambió de tono y se puso a hablar con toda seriedad. Quizás se había dado cuenta de que aquel ruso de habla apasionada, de voz imperiosa y mirada ardiente, no era un hombre a quien se podía tratar con ligereza.

Por el verano de 1916, el «dossier» de Trotsky en la policía secreta francesa era ya muy voluminoso. Las denuncias contra él llovían una tras otra. Le consideraban como un hombre peligrosísimo, y el Gobierno tomó la decisión de expulsarle. Su periódico había sido muchas veces suprimido, pero Trotsky seguía publicándole con otros títulos: Nuestra Palabra fue sustituida por Nuestra Voz y luego por Nuestra Época. Los espías perseguían a Trotsky y le encerraban en un círculo cada día más estrecho.

—Estoy bien guardado —decía él— y no hay miedo de que me ocurra nada malo.

Por fin, en el mes de septiembre, recibió la orden de expulsión.

—¿Pero a dónde puedo yo marcharme?— Preguntó Trotsky al jefe de la policía.

—A donde usted quiera.

—¿A Suiza por ejemplo?

Trotsky telegrafió inmediatamente a Zúrich y a Berna, pidiendo permiso para entrar en Suiza. Pero el gobierno helvético, a pesar de todas las instancias de los socialistas suizos, no quiso dar el permiso: estaba ya bastante enterado por la policía francesa de quién era Trotsky, y se negó rotundamente a abrirle sus fronteras.

Inglaterra tampoco quiso acogerle. Y no le quedó otro remedio que venir a España. Después de ciertas negociaciones con el Consulado español en París, Trotsky recibió la autorización para entrar en España.

—¿Puede usted garantizarme que no seré detenido por la policía española?— preguntó Trotsky al jefe de la policía francesa.

—Eso no depende de nosotros.

—¿Cómo no? Eso depende del informe que dé usted a la policía española.

—No mandamos ningún informe.

Trotsky, como era natural, tenía muy poca confianza en estas afirmaciones.

—Estoy seguro de que me van a detener en España— decía a sus amigos.

Pero no tuvo más remedio; había que salir de Francia por la única puerta que estaba abierta. De lo contrario, habría sido llevado a un campo de concentración.

La colonia rusa se impresionó hondamente por la orden de expulsión, y numerosas organizaciones le manifestaron en esta ocasión su simpatía. Como

no tenía dinero para el viaje, la colonia le proporcionó una cantidad, que, si no me equivoco, ascendió a mil francos.

Por fin, en los primeros días de noviembre, Trotsky salió acompañado por un agente «discretamente», según la expresión de la policía, para Hendaia. Su familia se quedó en París a la expectativa.

A pesar de la promesa del jefe de la policía francesa, el mismo día de la salida de Trotsky la policía española recibió un telegrama de París, advirtiéndole que un revolucionario y terrorista muy peligroso, llamado León Trotsky, se dirigía a Madrid.

—Tengan cuidado— venía a decir este telegrama —es un hombre que puede prender fuego en casa de ustedes.

Y la policía española, asustada por esta advertencia, tomó sus medidas de precaución.

Lo que sucederá Trotsky en España, podrá verlo en las páginas siguientes con palabras del propio interesado.

N. TASIN. Madrid, 1 de diciembre de 1919.

MIS IMPRESIONES DE ESPAÑA³⁹

La cárcel de Madrid —ya ve el lector que no me entretengo en divagaciones— se compone de cinco cuerpos, dispuestos en forma de abanico y de aspecto muy sólido.

Lo más curioso es que a cada nuevo huésped de la prisión se le hace la siguiente pregunta: «¿Quiere usted una habitación de una peseta con cincuenta céntimos, de setenta y cinco céntimos diarios, o... una habitación gratis?» Si el recién llegado no se halla completamente libre de las tendencias maximalistas y contesta que ni siquiera gratis desea hospedarse en la cárcel, se le explica que la libertad de elección no llega hasta ese punto.

La habitación de una peseta con cincuenta céntimos tiene dos ventanas, provistas de unas cortinillas de indiana, para que no ofendan la vista las férreas rejas que la guarnecen. Sobre el suelo de piedra se extiende una alfombra en la que han escupido dos generaciones enteras. Cada uno en una esquina, hay dos armarios de cristales, un Cristo sobre la mesa; ante ésta, una

39. Tasin reproduce dos artículos del periódico ruso de París, *Le Debut*, sobre el viaje de Trotsky a España. Éste escribió una memoria detallada de su viaje a España, traducida al castellano por Andreu Nin. Ver: TROTSKY, L. *Mis peripecias en España*. Editorial España. Madrid, 1929.

silla que casi parece un sillón, pero todo esto lo estropea la puerta, cerrada con un candado solidísimo y estridente.

El lector adivinará por estas líneas que he tenido ocasión de estudiar «por dentro» la cárcel de Madrid. He tenido, en efecto, el honor de pasar tres días en ella.

A pesar de mi internacionalismo, yo era nacionalista en lo que atañe a las prisiones: pensaba que las rusas, por las que había pasado, me bastaban, y que no tenía nada que hacer en las españolas. Pero me equivocaba. «El desarrollo del cambio internacional», de que habla el programa del partido socialista, ha dado lugar a una comunión estrecha entre los pueblos y les ha conquistado a los socialistas rusos el derecho a hospedarse hasta en las cárceles de Castilla. Verdad es que entre «el desarrollo del cambio internacional» y mi detención en Madrid no hay ninguna relación lógica, pero la policía y la lógica son dos cosas que no siempre se hallan de acuerdo.

—¿Por qué me han detenido ustedes, señores? —fue la primera pregunta que les dirigí a los representantes del Olimpo policíaco en Madrid.— Hace tres días que estoy en España. No hablo ni una palabra de español. No he publicado ni una línea en España. Sólo he visitado los museos y las iglesias. Me parece que no hay motivo para acusarme de actos peligrosos para las bases sociales del país de ustedes; pero eso no impide que ustedes me detengan, ¿por qué?

Tan sencilla pregunta puso en un aprieto a los policías. Buscaban las razones de mi detención y hacían suposiciones nada convincentes, a mi juicio. Uno de ellos invocó las dificultades que el gobierno ruso ponía a los extranjeros que pretendían entrar en Rusia; de manera que se me hacía a mí responsable de la estupidez de los ministros de mi patria. Otro se dolía de las dificultades con que la Policía española tropieza en su lucha contra los anarquistas.

—¡Si usted supiera el dinero que nos cuesta perseguir a los anarquistas!

—Usted perdone —objeté yo—. ¡Yo no puedo ser responsable, al mismo tiempo, de los actos de la Policía rusa y de los anarquistas españoles!

—Claro, tiene usted razón, pero...

—¡Pero me han detenido ustedes!

El jefe de los policías meditó un instante y a quemarropa me preguntó:

—¿Cuáles son sus opiniones políticas?

Yo se las expuse de la forma más popular que me fue dable.

—¿Ve usted? —exclamó— ¡Sus ideas políticas son demasiado avanzadas para España!

No crea el lector que esto es una parodia, una caricatura, transcribo la conversación textualmente. El policía pronunció, tal como yo la cito, esta clásica frase: «sus ideas políticas son demasiado avanzadas para España.»

—Pero —le repliqué— aparte de que hasta este momento no ha cono-

cido usted mis ideas, es decir, no las han conocido ustedes hasta después de detenerme, sabrá usted que no basta tener «ideas avanzadas», sino hay que expresarlas «en una forma contraria a la ley», etc., etc.

Nuestro diálogo se prolongó sin ningún resultado; la orden de mi detención estaba firmada.

En fin, el jefe ordenó a uno de sus agentes que me habían detenido que me tratasen como a un «caballero», que me diesen en la cárcel buena habitación, etc.

A media noche fui llevado a la cárcel.

El agente que había recibido cinco pesetas de recompensa, se bebió en seguida algunas copas de vino y se puso de muy bueno humor. Desarrolló un gran celo en el cumplimiento de las instrucciones del jefe. Me daba amistosos golpecitos en el hombro, guiñando picarescamente su único ojo (el otro lo había perdido en la guerra de Cuba), y me ofrecía cigarrillos, manifestándome que le eran muy simpáticos los aliados en general, pero principalmente los rusos. Sentado junto a mí en el coche que nos conducía, intentaba de vez en cuando darme un abrazo. En fin, mandó al cochero hacer una parada a la puerta de una taberna y pidió vino puro para nosotros dos.

—¡Yo pago! —gritaba. —¡Este señor es amigo mío!

Sin falsa modestia he de declarar que he descubierto en mí una capacidad que me era por completo desconocida: la de conquistar el corazón de los agentes españoles. Al menos, tres de ellos me ofrecieron su amistad enseguida. Pero no termina aquí el capítulo de mis aventuras españolas.

Ya he hablado, en el artículo precedente, de la cárcel. La división de los presos en tres categorías, según lo que pagan, me pareció un impudor escandaloso, sobre todo cuando me enteré de que los presos «de primera clase» disfrutaban de un paseo diario de dos horas y pueden recibir todos los días la visita de su familia, mientras que aquellos que no paga sufren no pocas restricciones en lo uno y en lo otro. Pero, al fin, esto es lógico; no puede existir una igualdad ficticia para los presos en una sociedad basada toda ella en la desigualdad. Además, haciéndoles pagar el hospedaje a los presos más ricos, el gobierno español enriquece la Hacienda pública, que en España, como se sabe, suele tropezar con más dificultades que en otros Estados europeos.

El subdirector de la cárcel, y también el cura del establecimiento, me manifestaron su compasión y censuraron duramente al Ministro «liberal» del conde de Romanones.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!— me decía el cura.

En verdad, la paciencia me hacía a veces mucha falta. Cuando quisieron

tomarme las medidas dactiloscópicas me negué a someterme a tal operación y ensuciarme las manos. Tras largos titubeos y deliberaciones, los guardianes se apoderaron de mis manos (sin que yo opusiese ninguna resistencia) y efectuaron ellos las manipulaciones precisas. Pero cuando me propusieron que me descalzase, para hacer con mis pies la misma operación, yo me negué de un modo enérgico. Como resultaron inútiles sus tentativas de persuasión, no insistieron y dejaron mis pies en paz.

Desde la cárcel le dirigí una carta al Ministro de la Gobernación, en la que le hacía ver lo innoble de la conducta policíaca.

«Ayer —le escribí, entre otras cosas— un agente de Seguridad me manifestó en la cárcel que debo abandonar España y se empeñó en que le declarase en seguida a qué país quería marcharme. Pero actualmente no puedo marcharme a ninguna parte sin el permiso previo del gobierno de la nación adonde quiera ir. Después de mi detención en Madrid tropezaré aún con más dificultades para partir, puesto que nadie, señor ministro, nadie en Europa, ni en el resto del mundo, querrá creer que he sido detenido en Madrid sin ningún motivo razonable.»

Al día siguiente me pusieron en «libertad». El agente tuerto, el que me había hecho el día de mi detención su declaración de amor, me dijo a la puerta de la cárcel que yo sería conducido aquella misma tarde a Cádiz.

¿Por qué a Cádiz?

Consulté el mapa de España, Cádiz se encuentra en el extremo sudoeste de la península oeste de Europa. De modo que, después de haberme trasladado de Berezov (en la Siberia) a Petrogrado, y de haber pasado luego por Viena, París y Madrid, se me obligaba a dirigirme a Cádiz, a donde se acaba el Continente y empieza el Océano.

Los agentes que me escoltaban no se andaban con tapujos respecto a mi viaje: a todo el que les interrogaba (lo que hacía no poca gente, pues el día anterior había aparecido en la Prensa la noticia de mi detención) le referían gustosos, sin omitir detalle, mi historia. En sus relatos me trataban muy bien. Y todos, para consolarme, me aseguraban que el clima en Cádiz era delicioso.

—Nunca hubiéramos detenido a este «caballero» —decían los agentes,—si el jefe de Seguridad no hubiera recibido un despacho de la Policía francesa, concebido en los siguientes términos: «Hace tres días salió para España un agitador peligroso... anarquista... terrorista... León Trotsky... Se dirige a Madrid...»

Yo estaba seguro de que un telegrama misterioso había jugado un papel importante en mis desventuras españolas. Ahora tenía la prueba decisiva. Acaso los títulos de anarquista y terrorista hubieran sido añadidos por el agente para mayor belleza del estilo; pero no cabía duda de que el telegrama había sido redactado a las tendencias anarquistas y subversivas.

Sea como quiera, el Gobierno español hizo que me llevaran a Cádiz. A este propósito, y por lo que valga, apuntaré un detalle del espíritu práctico de las autoridades españolas: la policía me propuso que adquiriese el billete de ferrocarril para Cádiz de mi propio peculio. Como yo no tenía el menor interés en ir a Cádiz, donde nada se me había perdido, no juzgué necesario pagar el billete de mi bolsillo, tanto más, cuanto que yo había enriquecido al Tesoro español con cuatro pesetas y media, ¡importe de tres días de pensión completa en la cárcel!

Los agentes se hicieron cargo de la razón que me asistía, y por fin recibí un billete para Cádiz sin pagar un céntimo.

El jefe de Policía de Cádiz se veía en un aprieto: tenía ante sí una porción de telegramas perfectamente en desacuerdo los unos con los otros. Le ordenaban desde Madrid que me enviase a una República americana que eligiera yo; pero al mismo tiempo le exigían que me hiciera partir «en el primer barco.»

Se consultó al gobernador de Cádiz y se decidió enviarme en el primer barco, que salía al día siguiente, para... ¡la Habana! Entonces sí se me ofreció en seguida un billete gratuito. Me vería obligado a hacer el viaje como un preso y a pasar, por lo tanto de manos de la policía española a manos de la policía cubana.

Protesté. Envié telegramas urgentes al jefe de Seguridad de Madrid, al Ministro de la Gobernación y al señor Romanones, exigiendo que se me permitiese partir libremente para Nueva York.

El jefe de Policía y el gobernador de Cádiz titubeaban y se inclinaban a reconocer mi derecho de no querer ir a la Habana. El Gobierno central reconoció también ese derecho, a lo que contribuyó una interpelación del diputado republicano Castrovido acerca de mi detención y expulsión.

Por fin, se me dio permiso para permanecer en Cádiz hasta el 30 de noviembre, es decir, hasta la salida del primer barco para Nueva York.

El agente encargado de vigilar me hizo saber que su abuelo era «grande de España» y poseía una fortuna de cuarenta millones. Pero, como según la frase de Máximo Gorki, «no se puede ir muy lejos en el coche de un abuelo», me vi precisado a obsequiar a aquel descendiente de un «grande» con café, cerveza y tabaco. Aceptó muy agradecido, aunque doliéndole que yo fumase unos cigarrillos muy flojos. En la biblioteca de Cádiz se sentaba frente a mí, y con una paciencia ejemplar se pasaba las horas muertas escuchando en el suelo.

Así vivimos hasta la salida del barco.

P.D. —Como el prefecto de Cádiz sólo sabía hablar castellano, utilizó como intérprete de nuestras conversaciones a cierto alemán, que después he

sabido que era... ¡el secretario del Consultado de Alemania! Llamo la atención de los aliadófilos sobre este hecho.

L. TROTSKY (Traducción de N. Tasin)

Referencias bibliográficas

- AIZPURU, M. (2010) «La expulsión refugiados desde España en 1919: exiliados rusos y de otros países», *Migraciones y exilios*. N.11.
- AVILÉS, J. (1999): *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*. UNED. Madrid.
- DEUTSCHER, I (1966): *Trotsky. El profeta armado*, Era. México DF.
- FORCADELL, C. (1978): *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*. Crítica. Barcelona.
- GARCÍA SALA, I (marzo de 2015): «Traductores del ruso en España: los Markoff, esbozo biográfico», *Cuadernos hispanoamericanos*. N.777.
- KRUPSKAYA, N. (1976): *Mi vida con Lenin*. Mandrágora. Barcelona.
- MAESTRO, J. (2017): «La revolución rusa en la prensa española de 1917», en: PAGÈS, P. & GUTIÉRREZ, P. (2017): *La revolución rusa pasó por aquí*. Laertes. Barcelona.
- MAURÍN, J. (1966): *Revolución y contrarrevolución en España*. Ruedo Ibérico. París, 1966.
- MEAKER, G. (1974): *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*. Stanford University Press. Stanford.
- Del MORAL (1967): J. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Alianza Editorial. Madrid.
- LENIN, V. (1920): *El Estado y la revolución proletaria*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- ROMERO SALVADÓ F. (2002): *España, 1914-1918: entre la guerra y la revolución*. Crítica. Barcelona.
- SHIPMAN, C. (1993): *It Had to be a Revolution: Memoirs of an American Radical*. Cornell University Press. Cornell.
- TASIN, N. (1920): *La dictadura del proletariado: según Marx, Engels Kautsky, Bernstein, Axelrod, Lenin, Trozky y Baüer*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- TASIN, N. (1919): *La revolución rusa: sus orígenes, caída del zarismo, la revolución de marzo, el bolchevismo, sus doctrinas, sus hombres, su acción*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- TROTSKY, L. (1920): *El triunfo del bolchevismo*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- TROTSKY, L. (1972): *Mi vida: autobiografía*. Zero, Madrid.

